

El hombre que quería ser una mujer, y la mujer que quería ser un
hombre

Por Kyle King

El sol había desaparecido del horizonte del pequeño puerto de Montañaspequeños, Mexico. Lupicia acababa de acostarse para la noche. Puso su cabeza en su almohadón y murmuró:

— Deseo ser hombre. Sería mucho más fácil.

Mientras tanto, en el lado opuesto del mundo, en el mismo tiempo en Shzpfamsk, Russia, Sergei Flavaflavov se estaba acostando para la noche. Él puso su cabeza en su almohadón y dijo:

— Deseo ser mujer, porque sería mucho más fácil.

Después de dos minutos, ambos estaban durmiendo. En este momento, Rupert Murdock, el hada de géneros, vino y asperjó polvo de sueños extraordinarios en sus narices. Los dos inhalaron el polvo y comenzaron a soñar.

Lupicia se encontró en el medio de un cuarto grande. Las paredes eran peladas y ella no reconocía la casa. Aparecía a ella que quienquiera vivía aquí estaba en el proceso de mudarse. Había muebles y cajas en todas partes del cuarto. Había un piano grande en el rincón. Ella miró a

sus manos. ¡Tan grandes eran sus manos! ¡Y sus brazos, tan melenudos!
¿Podía ser? ¿Se había vuelto en un hombre? ¡No! ¡No podía ser!

— Ted, lleva esta caja para mí, por favor, porque no puedo
levantarlo. Es demasiada pesada — dice una voz muy gimoteosa. *¿Esta
hablando a mi? pensó Lupicia. Debo ser Ted. ¿Que debo hacer? ¿Es mi esposa?
¿Que está sucediendo?*

— Teeeeeeeeeeeeeeedddd, es demasiada pesada, whaaaaaaaaa,
ayúdame! —gritó la voz.

— ¡Estoy ocupada ahora! — respondió Ted — encuentre otra caja
que no sea tan pesada.

— ¡Teeeeeeed, todas son demasiadas pesadas! Soy una mujer Ted.
No puedo hacer eso. Yo estoy cansada. Quiero tomar una siesta. Tú
puedes con todo. Nunca me ayudas. Tú eres un esposo flojo. Tú, tú
¡cerdo gordo!

De repente, ella le dio una palmada en la cara de Ted, comenzó a
llorar, y corrió del cuarto. *¿Porque tengo que hacer todo el trabajo pesado?*
pensó Ted. *No quiero ser hombre si tengo que hacer todo el trabajo pesado.*

En el mismo tiempo, Sergei Flavaflavov se encontró en una cama,
en el medio de un cuarto de hospital. Miró a su estómago. Era tan
grande como un baloncesto. *¿Estoy embarazado? ¡Que ridículo! ¡Soy un*

hombre! O, por lo menos, pensaba que era un hombre. ¿Que es eso? ¿Que ha sucedido? Sergei gritó — ¡Ayeeee! — ¡Él sonaba como una mujer! La enfermera corrió adentro del cuarto.

— ¿Todo va bien, Marge? — Ella preguntó con una mirada de preocupación en su cara.

— Si — decía Sergei. *¿Yo soy Marge?*él pensó. *Si, debo ser Marge.*

— Pues, si necesitas cualquier cosa, pregúnteme — dijo la enfermera.

— OK — contestó Marge.

De repente, Marge sintió un dolor muy fuerte y pensó que su estomago iba a explotar.

— ¡Aaaah! ¡Eeeehh! — ella gritó.

La enfermera gritó — ¡Vas a tener un bebe!

Sergei no podía creer lo que le estaba sucediendo. *Que doloroso,* pensó. El doctor corrió adentro del cuarto. Puso sus manos entre las piernas de Marge. *Esto es muy extraño,* pensó Sergei. *No conozco a este hombre.*

De repente, Sergei se encontró en una cocina.

— Apúrate con la comida, mami — dijo una voz barítono — Esos chicos tienen hambre. Sergei no sabía porque, pero conocía esa voz.

Estaba muy confundido, pero para alguna razón no quería decepcionar la voz.

— Estoy apresurándome — contestó Sergei. *Que un imbécil, pensó.*

— ¡El partido está comenzando! ¿Dónde está la comida? — La voz parecía agitada. — Te pregunté que hicieras una cosa y no puedes hacerlo. Que esposa perezosa.

Sergei estaba un poco agitada también, pero recogió la comida del horno y la sirvió a los hombres que estaban mirando el partido de fútbol americano. Todos comieron inmediatamente como lobos muertos de hambre. Ella miró el pedazo restante e iba a tomarlo cuando su esposo le dio una palmada a su mano y lo tomó.

— No, necesitas más comida. — El dijo. — Tú estás demasiada gorda.

Necesitas ir al gimnasio más y comer menos. — El se rió.

Sergei no podía creer que él estaba hablando a ella como eso, pero no dijo nada.

— Consígueme un vaso de agua. Tengo sed.

— ¡No soy tu criada! — gritó Sergei. Se quitó su delantal y lo tiró en la cara del hombre.

— ¿Ooooooh, enojada, somos?

Sergei deseaba repentinamente que fuera un hombre así podría golpear este idiota en su nariz, pero en vez de hacer eso, el puso sus manos encima de su cara y corrió del cuarto, llorando. *¿Porque estoy tan emocional? No quiero ser mujer.*

En ese momento, el hada de géneros tomó su varita mágica, tocó las narices de Lupicia y Sergei y ambos se despertaron. Sergei todavía estaba muy enojado y prometió nunca emplear para mal su poder masculino sobre una mujer. Lupicia aprendió apreciar a su marido y también entendía que quejarse es un hábito malo. Los dos prometieron nunca olvidar de apreciar el sexo opuesto. El hada de géneros sonrió y voló para asperjar polvo en las otras personas que no aprecian el sexo opuesto.